Cerámicas neolíticas en tierras de Zamora: La Perrona (Gema) y Fuente de San Pedro (Villafáfila)

J. FERNÁNDEZ MANZANO*

Más allá de los documentos rendidos por los monumentos megalíticos, en algún caso, por otra parte, ya correspondientes a la Edad del Bronce, apenas si se conocen testimonios arqueológicos en la provincia que se puedan relacionar con su ocupación durante el Neolítico. Hace unos lustros, cuando se iniciaba desde esta Universidad la serie de los Hallazgos Zamoranos, podría haberse imputado esta situación a la tan limitada labor arqueológica de campo emprendida en el referido ámbito espacial, pues era ésa y no otra la causa de que tampoco por entonces se tuviera noticias de un pasado Calcolítico tan explícito y brillante como el que después se ha podido reconocer en el oeste de la Meseta. Hoy, en cambio, cuando las excavaciones y prospecciones han llegado a adquirir un más que notable desarrollo en la Provincia, aquella ha dejado de ser una explicación satisfactoria y parece razonable pensar bien que los yacimientos Neolíticos no fueron nunca demasiado numerosos ni importantes, bien, aunque resulte menos convincente, que su evidencia tienda a negársenos, enmascarada por la importancia de las alteraciones sufridas por los suelos desde entonces. En un trabajo reciente no se deja de mencionar algunos posibles puntos con material de esta época, siquiera como prueba de que también este espacio, como otros de la Submeseta Norte, fue testigo del paso del hombre neolítico. Nos referimos a un posible yacimiento en el Castillo de Cabañas de Aliste (Esparza y Martín Valls, 1993, 11), descubierto en el transcurso de la realización del Inventario Arqueológico Provincial por parte de un equipo de la Universidad de Salamanca, si bien es cierto que por sus materiales, muy fragmentarios, no dejaba de plantear ciertas dudas, pues a la presencia de algunos cordones decorados con motivos impresos, de asas de cinta, con aguadas rojizas, vinculaban asimismo a ese horizonte todavía tan ambiguo en términos cronológicos y culturales, un minúsculo trapecio de sílex con retoque a doble bisel de la Cima del Monte, de Santiago de la Requejada, también en el Aliste y, siguiendo las sugerentes y creemos acertadas opiniones de Rodríguez, Larrén y García Rozas (1990, 48), un fragmento de ancha asa de cinta, casi tuneliforme, con barroca decoración de retícula incisa, no sin cierto efecto de punto en raya de la *Fuente de San Pedro* , en Villafáfila, una estación de muy larga trayectoria prehistórica e histórica, a juzgar por la variedad de los materiales

* Departamento de Prehistoria. Universidad de Valladolid.

arqueológicos que ha proporcionado en superficie. Hoy, además de ofrecer un dibujo detenido de esta última pieza, gracias a la amabilidad de la directora del Museo de Zamora, doña Rosario García Rozas, tenemos la oportunidad, también a su través, de incrementar con un nuevo punto el mapa neolítico provincial, tomando en consideración el hallazgo de una bella pieza cerámica del establecimiento prehistórico de *La Perrona*, en la localidad de Gema. Un yacimiento, por cierto, conocido desde antiguo, cuya prospección propició inicialmente la recogida de restos cerámicos a mano con decoración incisa y del Boquique, sobre típicos vasos troncocónicos dando lugar a su clasificación en el Bronce Tardío, dentro del horizonte Cogotas I, pero que después, por haber deparado también un abundante elenco de material lítico tallado (láminas retocadas, muescas, algunos perforadores y diversas puntitas de flecha romboidales, con muñones, de retoque plano de tendencia cubriente) accedió a desvelar un horizonte de ocupación previo, correspondiente, decían entrever Martín Valls y Delibes (1977), a un Calcolítico muy precoz, asimilable al horizonte de las sepulturas de corredor más occidentales. De ese mismo lugar procede la nueva cerámica, neolítica sin discusión, de la que ahora damos noticia, que corresponde al borde de un vaso posiblemente globular, de labio vertical ligeramente entrante, y que muestra exteriormente una hombrera horizontal marcada por un cordón sobre el que discurre un tema de espiga impreso. Tanto por encima como por debajo de dicho resalte discurren, además, varias acanaladuras someras, paralelas a él, de notable imperfección en el caso de las ceñidas a la panza del recipiente. Por otra parte, muestra una pasta gris cenicienta, bien decantada pese al empleo de piedrecitas como desgrasante.

Se trata en uno y otro casos de cerámicas absolutamente características del llamado Neolítico Interior, un préstamo del llamado Neolítico Andaluz de las Cuevas, con paralelos fácilmente reconocibles por ello en cualquiera de los más clásicos yacimientos del Neolítico Medio de Andalucía Oriental y Levante, cuanto en las estaciones meseteñas que han servido para otorgarle una contrastada personalidad, menoscabada durante mucho tiempo por la parquedad, o incorrecta definición en otros casos, del registro arqueológico. Y baste recordar entre los primeros, que los esquemas decorativos que resumen el fragmento de La Perrona, a base de series de acanalados paralelos al borde, constituyen uno de los motivos más reiterados entre los repertorios de época postcardial de la castellonense Cueva Fosca (Olaria, 1988), que los mismos, en ésta u otras combinaciones próximas comparecen en yacimientos del entorno –Coveta de l'Or (Martí Oliver, 1977), por ejemplo–, resultando a la postre que, junto con incisiones e impresiones, los acanalados constituyen precisamente la técnica decorativa más emblemática de esta fase; tal como refrenda, además, su presencia en niveles estratigráficos equivalentes a estos valencianos de las celebérrimas cuevas de la Carigüela del Piñar (Granada) (Navarrete Enciso, 1976) y la cordobesa de Muerciélagos de Zuheros (Vicent y Muñoz, 1973).

Tipológicamente, pues, parecen bastante concluyentes las pruebas que respaldan la filiación neolítica de la cerámica de Gema, y más aún considerando las referencias próximas procedentes, entre otras, de los yacimientos segovianos de La Vaquera (Zamora, 1976) y la Nogaleda (Municio y Ruíz Gálvez, 1986), el de El Altotero de Modúbar, burgalés (Arnáiz y Esparza, 1985) o el madrileño de la Cueva del Aire, cuyos materiales fueran estudiados por Fernández-Posse (1980). En todos ellos se han reconocido los consabidos ornamentos a base de canales, y entre ellos especial atención merece una pieza del último de los yacimientos citados, en el que en idéntica disposición que la de Gema, se conjugan baquetón y

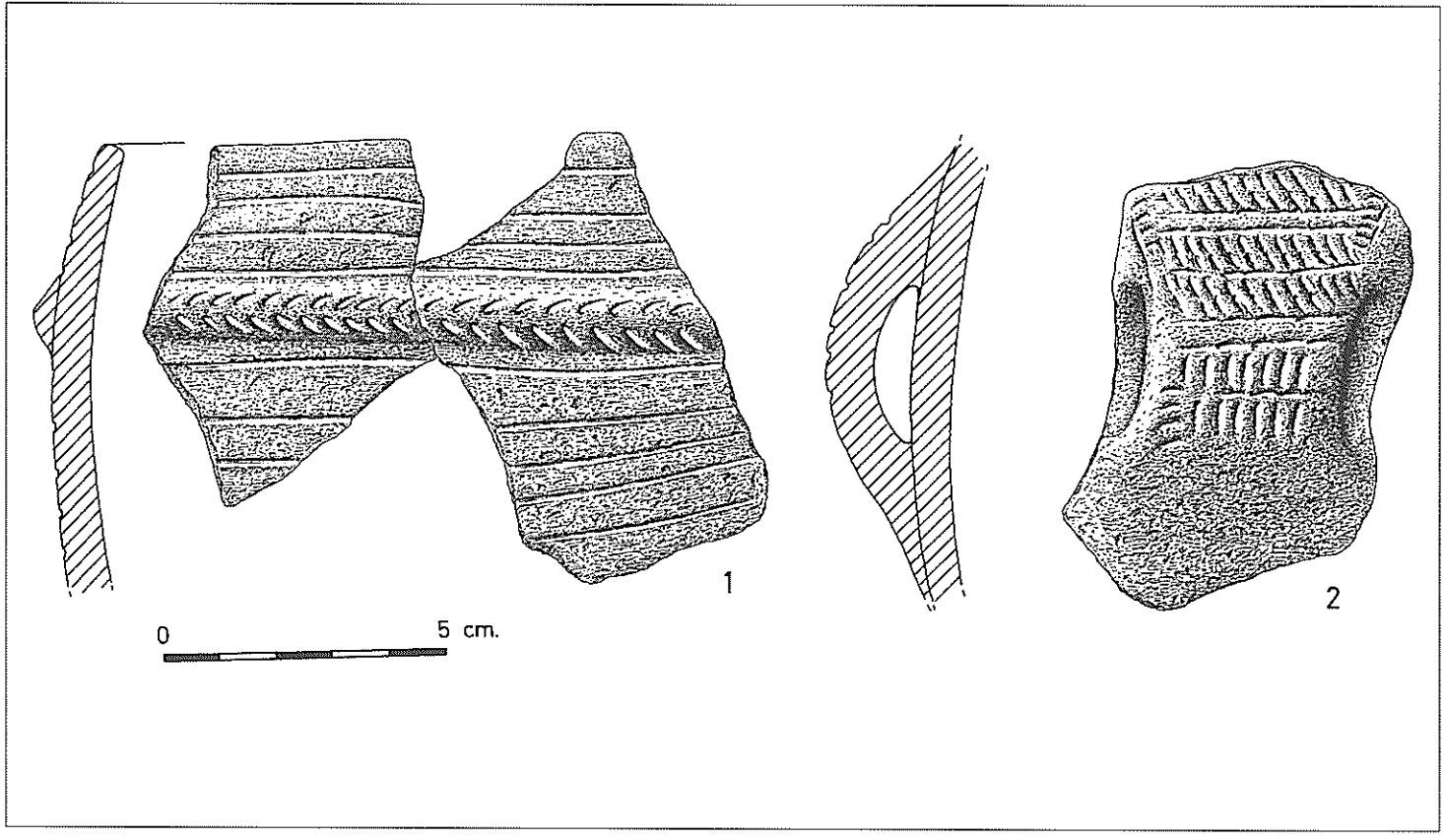

FIG. 1.- Cerámicas neolíticas de «La Perrona», Gema (1) y Fuente de San Pedro, Villafáfila (2).

acanaladuras (Fernández-Posse, 1980, lám. I, 4). En la mismas estaciones se recoge también excelentes paralelos para la segunda de las cerámicas que consideramos, la de Fuente de San Pedro.

La misma Fernández-Posse (1980), nos recuerda que este tipo de asas anchas, acopladas de forma habitual a recipientes de cuello alto o de paredes verticales, resulta frecuentísimo en el Neolítico Andaluz, advirtiéndonos asimismo de su presencia en diversos yacimientos peninsulares –Verdelpino, Cuenca (Fernández-Miranda y Moure, 1975), pasando por las de la Submeseta Norte mencionadas, hasta las más septentrionales, caso de la alavesa de Los Husos (Apellániz, 1974)–, una vez más, como el resultado de un proceso difusor desde los hogares del sur que vieran su nacimiento. En la misma cueva del Aire, de hecho, se halló un asa que, además de la forma, alberga un tema decorativo –a base de un cuerpo central enmarcado por sendas incisiones paralelas, con una trama reticular en su interior y, a ambos lados del mismo una secuencia perpendicular de pequeños trazos incisos– cuyo parecido con la de Fuente de San Pedro resulta más que evidente (Fernández-Posse, 1980, fig. 4, nº 3).

Lejos aún de descifrar adecuadamente el origen y secuencial cultural de este Neolítico Interior, la cronología al uso planteaba de forma habitual para el mismo, en último término desde los mejores paralelos andaluces, nos llevaría a un momento entre finales del IV milenio y, sobre todo, durante los primeros compases del III, coincidiendo así con el Neolítico Final del Sureste peninsular. Tales fechas en modo alguno, sin embargo, pueden considerarse cerradas, y ello por más que no deje de ser cierto que determinadas referencias radiocarbónicas procedentes de la propia Meseta apunten en ese mismo sentido. Bastante claro resultan así las dataciones, siempre sin calibrar, que ha deparado sendas muestras del yacimiento palentino de La Velilla, en Osorno, de 3250 y 3200 a. C. (Zapatero Magdaleno, 1991, 60), nada alejadas por lo demás de las procedentes del Túmulo de Villanueva de los Caballeros (Valladolid), del 3025 y 3165 a. C., respectivamente (Delibes *et alii,* 1986, pp. 227-236), y coincidentes en lo sustancial con las de Verdelpino (Cuenca): 3220 y 3170 a. C (Fernández-Miranda y Moure, 1975), o las que la termoluminiscencia arrojó a partir de una muestra cerámica recogida en el nivel de base de la segoviana cueva de La Vaquera, del 3032-336 a. C. (Rubio y Blasco, 1988-89, 154).

En la valoración de este, no demasiado denso, repertorio no se tuvieron en cuenta, sin embargo, aquellas fechas que por su mayor antigüedad distorsionaban este esquema, y entre ellas la primera que proporcionara la Cueva de la Vaquera (Zamora, 1976, 61-65), del 3700 a. C., que por su atipicismo se viene considerando anómala (Fernández-Posse, 1980, 59); una situación a la que tampoco es ajena la datación de la estación al aire libre de Quintanadueñas (Martínez Puente, 1989), cuestinada por vetusta –6760-130 B.P.– por la propia excavadora; por más que no deje de reconocer cierta sintonía con algunas de las más viejas de Andalucía Occidental, la célebres de La Dehesilla y Cueva Santiago, que incluso remontan ligeramente el V milenio.

A partir de aquella evidente homogeneidad, somos conscientes, desde luego, que tales excepciones en modo alguno pueden utilizarse como contraargumento para retrotraer los inicios del Neolítico meseteño hasta fechas que se consideran hoy para el grupo en que se inspiró, el de las Cuevas Andaluzas –Zuheros, por ejemplo, ofrece para sus inicios una cronología de entre 4300 y 3900 a. C.– (Martí Oliver y Juan Cabanilles, 1987, 87-96), pero no es menos cierto que resulta poco creible que la difusión hacia el norte ¿de las gentes? de las Cuevas y su arraigo en

ambas submesetas se hubiera producido algunas centurias más tarde desde que tal grupo periclita, hacia el 3500, para dar paso allí al Neolítico Final. En suma, parecería conveniente aceptar cuando menos esta última fecha como la más adecuada, para fijar el arranque de nuestro Neolítico Interior, sin perder de vista la pauta que nos marcan aquellas «dataciones fallidas», que quizá en un futuro dejen de serlo, teniendo en cuenta que yacimientos aún más al norte, como el asturiano de Los Canes –cierto que aquí el arraigo de los modos productivos, a diferencia del Duero, acontece a través del Ebro (Arias Cabal, 1991, 331)– ofrece una datación del 5568 B.P., (Arias Cabal, 1992, p. 164, nota 1).

Sin otro afán que dejar constancia de la dificultad de proponer cronologías ajustadas para las cerámicas de Gema y Villafáfila, para el Neolítico Interior en suma, no menor es el interés que se suscita a propósito de determinar como fuera el proceso de implantación neolítica en el territorio, toda vez que el progresivo descubrimiento de yacimientos, como estos zamoranos, en zonas llanas, está dando al traste con la tradicional idea de ocupación del territorio, según la cual los asentamientos de este horizonte ofrecerían una dispersión mayoritaria en las márgenes montañosas, con predilección por los hábitat en cueva, algunas incursiones al aire libre y casi siempre en terrenos con una altitud media en torno a los 1000 m (Antona, 1986, 18; Fernández-Posse, 1980, etc.).

Y, en efecto, no deja de ver verdad que muchos de los yacimientos citados poseen esta vocación serrana, que autores como Delibes (1985, 26) justifican a partir de una mayor benignidad climática en aquel medio –una pluviometría media anual por encima de los 1000 mm, frente a una tercera parte en las tierras llanas–, la responsable, en última instancia, de un manifiesto desdén por ocupar los espacios tabulares gredosos del interior que, pese a su mayor fertilidad, estaban sujetos a los períodos anuales de estiaje –más acusados a medida que transcurre el Holoceno– y con la hándicap añadido de constituir suelos pesados, de más difícil roturación. Un planteamiento, en fin, que también se hacía operativo para el centro de la Cuenca, allí donde la textura arenosa de los suelos facilitaría el laboreo agrícola.

La realidad arqueológica, sin embargo, choca con esta idea, toda vez que son cada vez más numerosas los yacimientos documentados al margen de ambientes cavernícolas. De hecho, junto a los conocidos al aire libre –Quintanadueñas, El Altotero o el abulense de Diego Álvaro (Gutiérrez, 1962), que, ciertamente cumplen el requisito de ubicarse en parajes de considerable altitud, de forma paulatina se va ampliando el elenco de estaciones localizadas en plenas áreas de páramo y campiña, caso de las vallisoletanas de Iscar, Villavaquerín, Pedrajas de San Esteban, y Torre de Peñafiel (Santiago Pardo *et alii,* 1994); la citada de La Velilla, en el término palentino de Osorno, las dos zamoranas que ahora comentamos, además de otras de Tierra de Campos también palentina cuyo carácter neolítico se está en vías de confirmar (Alonso *et alii,* 1987). El planteamiento tradicional, se muestra hoy abierto a una profunda revisión, en aras de la existencia de una ocupación mucho más densa que la hasta ahora conocida y en la que, se habría visto involucrada buena parte de los territorios meseteños.

Los recientes avances de la investigación, de este modo, están permitiendo profundizar en dos cuestiones básicas para el conocimiento del Neolítico Interior –cronología y territorialidad–, si bien todavía se está lejos de contar con la documentación necesario para dar contenido al término; de desvelar en suma cuestiones de naturaleza económica y social. La tarea, empero, no se presenta fácil.

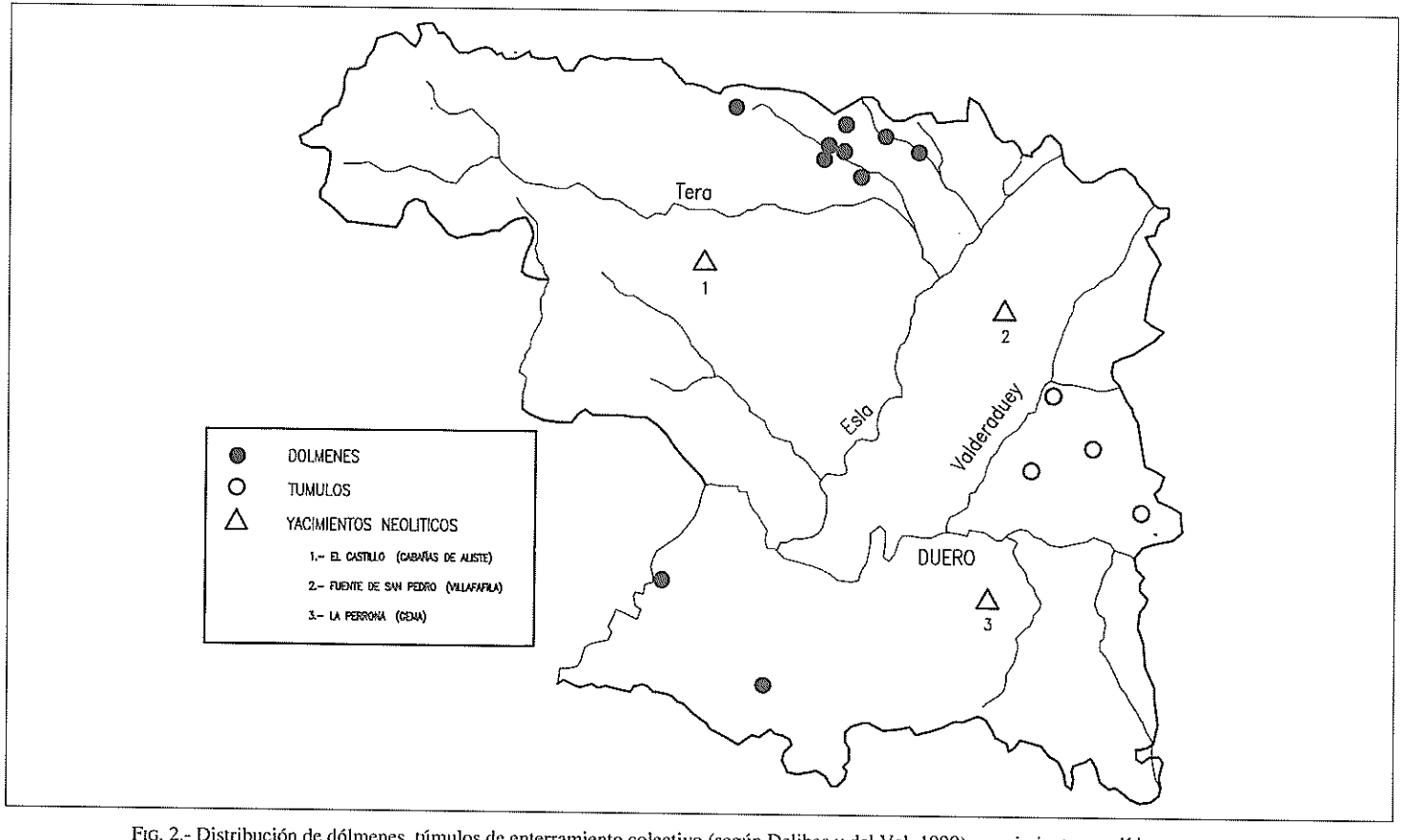

FIG. 2.- Distribución de dólmenes, túmulos de enterramiento colectivo (según Delibes y del Val, 1990) y yacimientos neolíticos zamoranos.

De hecho, la respuesta a estos planteamientos básicos pasaría por conocer cuestiones tales como precisar el *cuánto y el cómo* se inicia el proceso neolitizador, en la actualidad intuido a resultas de un desplazamiento de poblaciones meridionales peninsulares, que no en términos evolutivos desde un substrato epipaleolítico que hoy el registro arqueológico apenas detecta en la Cueva del Níspero (Burgos) (Corchón, 1988) y en la estación salmantina Dehesa, en El Berrueco (Fabián, 1986). Lo cierto es que una ampliación de este breve catálogo permitiría abordar tales cuestiones con una perspectiva bien diferente a la actual.

Pero seguramente donde la precariedad de datos se revela de forma más ostensible, es en aquellos que conciernen a la reconstrucción de paleoclimas y ecosistemas, hasta el punto que salvo las secuencias políticas obtenidas en las turberas sanabresas de La Sanguijuela y Arroyas (López, 1978), no se poseen otros documentos que atestiguen como fue la evolución del paisaje vegetal y la cadencia climática en la fase que nos ocupa –segunda parte del período Atlántico e inicios del Preboreal–; una cuestión que se resuelve parcialmente acudiendo a marcos de referencia alejados de este territorio y que, no por válidos para el mismo, necesitan ser contrastados aquí. Y es que, ciertamente, la determinación de tales aspectos en absoluto resulta baladí para efectuar una correcta reconstrucción histórica de este período pues, como es bien sabido, de la misma depende en buena medida conocer cuáles fueron las estrategias económicas de estos primeros productores de la Cuenca del Duero, yendo más allá de los postulados simplistas tan en boga durante mucho tiempo: «mayor dedicación ganadera en zonas montañonas y predominio agrícola en las llanas».

En esta relación de cuestiones pendientes, no podemos pasar por alto la conveniencia de ahondar en la controvertida relación sepulcros megalíticos/asentamientos neolíticos, solapados ambos cronológicamente, pero que de forma usual se manifiestan como realidades arqueológicas excluyentes entre sí. Algo se ha avanzado en este sentido, pero lo cierto es que falta por confirmar si entre ambos existe una plena relación de coetaneidad, o si, por el contrario, como se sugiere para La Velilla (Zapatero Magdaleno, 1991, p. 60), el enterramiento colectivo se adopta por poblaciones neolíticas establecidas previamente, lo que redundaría en nuestra propuesta de conceder mayor antigüedad a las mismas.

Toda una serie de problemas pendientes, en fin, cuya resolución pasa tanto por un aumento de las prospecciones, como, paralelamente, la excavación de algún yacimiento de auténtica entidad, papel que en la actualidad puede asignarse al segoviano de La Vaquera, en proceso de reexcavación y con unos resultados que, a decir del director del proyecto, J. C. Iglesias Martínez, se prometen francamente esperanzadores.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO SILIO, M. R., FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, J., GÓMEZ LACORT, E., ORTEGA MATEOS, L., ROJO GUERRA, M., VARGAS TUR, M. y VEGA VILLALVA, L., (1987): «Inventario Arqueológico de la Provincia de Palencia», *Actas del I Congreso Arqueológico de la Provincia de Palencia,* Palencia, pp. 443-461.

ANTONA, V., (1986): «Aproximación a la problemática del Neolítico en la Meseta: una propuesta de secuencia cultural», *Wad-al-Hayara,* 13, pp. 9-46.

APELLANIZ, J. M., (1974): *El Grupo de los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco,* EAA, 7.

ARIAS CABAL, P., (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la Región Cantábrica,* Santander.

— (1992): «Estrategias económicas de las poblaciones del Epipaleolítico avanzado y el Neolítico en la Región Cantábrica», en A. Moure (ed.), *Elefantes, ciervos y ovicápridos. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal,* Santander, pp. 163-184.

ARNAIZ, M. A. y ESPARZA, A., (1985): «Un yacimiento al aire libre del Neolítico Interior: El Altotero de Modúbar (Burgos)», *B.S.A.A.,* LI, pp. 5-45.

CORCHÓN RODRÍGUEZ, M. S., (1988): «Datos sobre el epipaleolítico en la Meseta Norte: La Cueva del Níspero (Burgos, España)», *Zephyrus,* XLI-XLII, pp. 83-100.

DELIBES, G., (1985): «El Neolítico. Los comienzos de la agricultura y la ganadería en la Meseta, en J. Valdeón (coord.) *La Prehistoria del Valle del Duero,* T. I, Valladolid, pp. 22-35.

DELIBES, G., ALONSO, M. y GALVÁN, R., (1986): «El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros, Valladolid», *Estudios en Homenaje al Prof. Beltrán,* Zaragoza.

ESPARZA, A. y MARTÍN VALLS, R., (1993): *Trabajos de prospección arqueológica en la Provincia de Zamora, para la realización del Inventario de Yacimientos Arqueológicos (1992). Fase A.* Informe técnico, Junta de Castilla y León, mayo.

FABIÁN, J. F., (1986): «La industria lítica del yacimiento de La Dehesa, en El Tejado de Béjar (Salamanca). Una industria de tipología magdaleniense en La Meseta», *Numantia* II, pp. 101-141.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y MOURE, A., (1975): El abrigo del Verdelpino (Cuenca): un nuevo yacimiento en el interior de la Península Ibérica, *NAHisp.* Prehistoria, 3, pp. 190-235.

FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., (1980): «Los materiales de la cueva del Aire de Patones (Madrid)», *NAHisp,* 10, pp. 39-64.

GUTIÉRREZ, A., (1962): El poblado eneolítico de la Peña del Bardal. Diego Álvaro (Ávila). Campaña de 1958, *VII CNArq.* (Barcelona, 1960), pp. 162-172.

MARTI OLIVER, B. (1977): Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante), S.I.P., 51, vol. 1, Valencia.

MARTI OLIVER, B. y JUAN CABANILLES, J., (1987): *El Neolitic Valencià. Els primers agricultors y ramaders,* Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València.

MARTÍN VALLS, R y DELIBES, G., (1977): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV), *B.S.A.A.,* pp. 295-298.

MARTÍNEZ PUENTE, B. E., (1989): *El yacimiento Neolítico y la de la Edad del Bronce de «Los Cascajos-El Blanquillo», Quintanadueñas, Burgos,* Memoria de Licenciatura leida en la Universidad de Valladolid, inédita.

MUNICIO, L. y RUIZ GÁLVEZ, M. L., (1986): «Un nuevo yacimiento neolítico en la meseta Norte: la cerámicas decoradas de la Cueva de La Nogaleda (Villaseca, Segovia)», *Numantia,* II, pp. 143-158.

NAVARRETE ENCISO, S., (1976): *La Cultura de Las Cuevas con Cerámica Decorada en Andalucía Oriental,* Granada.

OLARIA, C., (1988): Cova Fosca. *Un yacimiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo,* Castellón.

RODRÍGUEZ, E., LARREN, H. y GARCÍA ROZAS, R., (1990): «Cartas Arqueológicas de Villafáfila», *AIEZ*, 48, lám. I, nº 5.

RUBIO, I. y BLASCO, C., (1988-1989): «Análisis cerámico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)», *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 149-160.

SANTIAGO PARDO, J., QUINTANA, J. y RUIZ, L., (1994): *Informe Arqueológico de Valladolid. Inventario Arqueológico de Valladolid. Informe de la Campaña de 1992/1993*, Informe inédito depositado en la Dirección General del Patrimonio de la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, Valladolid.

VICENT, A. M. y MUÑOZ, A. M., (1973): *Segunda Campaña de Excavaciones en la Cueva de Los Murciélagos de Zuheros (Córdoba)*, 1969, E.A.E., 77.

ZAMORA CANELLADA, A., (1976): *Excavaciones en la Cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)*, Segovia.